

JOHN P. DYSON

TRAGEDIA DARIANA: LA PRINCESA DE LA ETERNA ESPERA

LUDWIG PFANDL, en su estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz, señala que "el hombre representa el principio activo en la vida, la mujer el pasivo. De acuerdo con esto se podría por cierto expresar sin más tardar la relación de ambos en la vida y en el amor bajo esta fórmula: el hombre llega; la mujer espera que el hombre llegue y aguarda hasta que llega"¹.

El tema de la mujer que espera y del hombre que llega es sin duda uno de los más divulgados de la literatura y folklore indoeuropeos. Uno de los primeros cronistas en darle base histórico-realista al motivo fue Heródoto de Halicarnaso al describir la costumbre de las mujeres de Babilonia que se sentaban en el templo de Afrodita a esperar que un hombre viniera a indicar su preferencia entre ellas con una moneda de plata tirada a la falda de las ansiosas. A cambio de la moneda, el hombre recibía los favores de la dama y ella, a su vez, se consideraba "rescatada", o sea, libre de su obligación a la diosa. Las mujeres más feas, nos asegura Heródoto, esperaban hasta tres o cuatro años la llegada del "príncipe" que deshiciera el "encanto" religioso².

Siglos después, el mismo tema de espera, ya ficticia, aparece en las novelas de caballería: el caballero, peregrino incansable y buscador de un anhelo, en estado de perpetua llegada; la princesa, paciencia hecha carne, más bien una personificación o extensión del deber caballeresco.

El motivo recurre también con cierta amplitud en el romancero

¹*Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa de México: su vida, su poesía, su psique.* México: Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, p. 155.

²*Las historias de Heródoto de Halicarnaso.* 1, 199.

español, especialmente en los romances carolingios, fronterizos, moriscos y novelescos³.

Por último, el tema nos llega en su forma "moderna" a través de los *Hausmärchen* de los hermanos Grimm, donde la mujer, generalmente una princesa de hecho o de corazón, sueña constantemente con la llegada del príncipe, "La Bella Durmiente", "Blancanieves", "Cenicienta" y "Rapunzel" son los más conocidos de los cuentos de hadas en los que, tras una larga espera, a menudo complicada por una serie de vicisitudes, llega el príncipe libertador.

Rubén Darío se aprovechó de ese estado psico-emocional de gran tensión y hondura dramáticas tanto en su poesía como en su prosa, elaborando el motivo, con escasas excepciones, desde el punto de vista de la mujer-princesa que espera sin que se consuma su deseo. El presente estudio pretende investigar la manera en que Darío maneja el tema tradicional como cuento de hadas por una parte, y por otra cómo le infunde vida propia, espiritualizándolo y dándole valor y alcances simbólicos a la vez que personales.

En general, se puede afirmar que la situación de la princesa que espera en la obra de Darío es trágica, sumergida ella siempre en la zozobra creada por la eterna inminencia del desenlace feliz. La princesa es defraudada sin misericordia por varias complicaciones inherentes a su salvación. Las únicas excepciones a esa regla serían el cuento "El palacio del sol" (1887) y el poema "El país del sol" (1896), composiciones complementarias donde encontramos ciertas variantes. Primero, la "princesa" adolescente de "El palacio del sol" es un personaje dinámico que, en vez de esperar pasivamente su salvación, sale a redimirse sexualmente con un mancebo del palacio a donde la lleva su hada madrina. El contraste aquí señalado entre la mujer estática y la peregrina se nota en otros escritos, como veremos luego, pero no con el resultado feliz de "El palacio del sol", del cual "vuelven las niñas como Berta... frescas como una rama de durazno en flor, luminosas como una alba, gentiles como la princesa de un cuento azul"⁴.

³V. los siguientes romances en el *Romancero español*, ed. Luis Santullano. Madrid: Aguilar, 1934. Carolingios: "Rosaflorida" (En Castilla está un castillo...), p. 163; fronterizos: "Abindarráez y Rodrigo de Narváez" (Ya llegaba Abindarráez...), p. 966; novelescos: "Romance de la infantina" (A cazar va

el caballero...), p. 1237; "De cómo el conde don Ramón de Barcelona libró a la emperatriz de Alemania" (En el tiempo que reinaba...), p. 1269; "Las princesas encantadas" (Cuando el católico rey...), p. 1296.

⁴*Azul...*, 12ª ed., Colección Austral 19. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1957, p. 72.

"El país del sol" constituye, en el nivel más básico, un consejo de parte de Darío a una artista cubana: que regrese a su patria, que esa isla será más propicia a su espíritu que la dura Manhattan, "la isla de hierro".

Vuelve, pues, a tu barca, que tiene lista la vela — (resuena, lira, Céfiro, vuela) — y parte, harmoniosa hermana, a donde un príncipe bello, a la orilla del mar, pide liras, y versos y rosas, y acaricia sus rizos de oro bajo un regio y azul parasol,

en el país del sol!⁵

No obstante el origen algo prosaico del poema, si le cedemos valor trascendente tanto a la imagen del país del sol como a la ansiosa búsqueda del príncipe rubio-dorado, veremos que se entrecruzan los motivos. El anhelo del encuentro pleno y el de la llegada feliz se cumplen en esta poesía a modo de presagio o de esperanza prerrealizada. La "princesa" de este poema no sufre los repetidos choques del acostumbrado desengaño porque el autor le propone el regreso (búsqueda más encuentro) como primero y único paso hacia la felicidad última. Dada la naturaleza futura del regreso y de la llegada, solamente se concibe el resultado en términos de áurea plenitud. Darío incita a la "hermana harmoniosa" a que se haga personaje dinámico para unirse con el príncipe de la Isla de Oro, príncipe que, de paso, espera pacientemente su llegada.

Mucho más frecuente en la obra de Darío es el caso de una paradójica "salvación" en la que la princesa perece después de salvada. En "A las orillas del Rhin" (1885)⁶, llega el caballero Armando para liberar a la princesa Marta del cautiverio al que le ha condenado su padre. Logran escaparse los amantes, pero los alcanza la guardia del castillo y Marta resulta mortalmente herida; Armando la acompaña en su agonía, suicidándose. Irónicamente, la liberación del cautiverio se vuelve "liberación" de la vida también.

Si en "A las orillas del Rhin" la princesa librada perece a causa de presiones e intimidaciones externas —fuera de su control—, no es así en "Un cuento para Jeanette" (1897). La culpa del desastre ya no

⁵*Prosas profanas*. Buenos Aires: Editorial "Las Grandes Obras", s. f., p. 76. Cfr., príncipe —Isla de Oro y princesa— silla de oro ("Sonatina"), figuras estáticas paralelas.

⁶*Cuentos completos de Rubén Darío*, ed. Ernesto Mejía Sánchez. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1950, pp. 3-8.

pesa sobre los fuertes hombros de la imagen paterna, la autoridad, el ambiente. Inequívocamente, asume la responsabilidad del fracaso la princesa Vespertina misma que "aunque tan etérea, era mujer"⁷. De entre el príncipe Azur y el príncipe Rojo, elige a éste porque "debe de tener jaleas y pasteles que no sabe hacer el cocinero del rey Balzor [padre de Vespertina]"⁸. Opta por la pasión y, por lo tanto, la disipación ya que quiere unirse para siempre con el príncipe Rojo; y sale del palacio rumbo a su propia destrucción la melancólica Vespertina ansiosa.

Y aconteció que no vio la faz del príncipe Rojo, porque de pronto se volvió ciega, como los pavos reales y los cisnes; y al querer adelantarse a la carroza, sintió que su cuerpo fantasmal se desvanecía; y, en medio de una inmensa desolación luminosa, se desvaneció como un copo de nieve o un algodón de nube... Porque ella era una flor crepuscular; y porque, si el sol se presenta, desaparece en el azul el lucero de la tarde⁹.

Vespertina, flor crepuscular del deseo, ofuscación personificada de necesidades corporales, se entrega a la orgiástica llama climática del príncipe Rojo y se carboniza, consumiendo en su propio deseo el deseo mismo.

Es este cuento uno de los más dolorosos de Rubén Darío y su horrible verdad autobiográfica es fácilmente identificable, constituyendo un trágico presagio del término de la vida del autor mismo, víctima de sus propios impulsos contraproducentes¹⁰.

De todos los cuentos y todas las poesías de Darío que versan sobre el tema espera-llegada, el grupo que vamos a considerar ahora es sin duda el más poderoso en cuanto a su contenido emotivo. Son los escritos en los que el autor nos presenta a la princesa de la eterna espera, siempre ansiosa, languideciendo y confiada parcial o totalmente en la soñada llegada del príncipe deshacedor de encantos, vencedor de la muerte. A través de los deliciosos acentos melancólicos de "Sonatina" (1896), vemos a la protagonista común de todas las composiciones, llámese Eglantina, Emma o Psiquia.

⁷Cuentos..., p. 256.

⁸Ibid., p. 256.

⁹Ibid., p. 257.

¹⁰V. Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío*, 2ª ed., Buenos Aires:

Editorial Losada, 1957, pp. 9-28. En el Capítulo I, "El poeta y su vida", Salinas describe la vida disipada de Rubén y la relaciona con su obra.

Es también en este grupo de creaciones donde Darío sigue más de cerca la imagen tradicional de la princesa que espera: la torre o el castillo que la encierra, el ansioso escrutinio del horizonte, el desengaño nocturno y el renacer de la esperanza con la llegada del nuevo día...

"Sonatina", una de las más famosas poesías de Darío, establece el tono y la situación estática del poema desde la primera estrofa: "La princesa está pálida en su silla de oro"¹¹. Luego sigue la insensibilidad, el entumecimiento espiritual por la larga espera infructífera, empero sin que ella abandone la esperanza:

*La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión*¹².

Otra vez aparece la guardia opresora:

*¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrele que no duerme y un dragón colosal*¹³.

Y finalmente esta cruel imagen prometedora del salvador que viene llegando:

*Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor*¹⁴.

Más prosaico de escenario, pero no menos patético en su actitud de tiempo suspendido, de paralización de todo el proceso vital es el brevísimo cuento de la actriz Emma, la "Fugitiva" (1892).

¹¹*Prosas profanas*, p. 63.

¹²Pp. 63-64.

¹³P. 64.

¹⁴P. 65. Cfr., el caso del príncipe que espera en la Isla de Oro, nota 5.

...¿Amaba a su marido? No lo sabía ella misma. Reyertas continuas, rivalidades inexplicables de las que pintaría Daudet; la lucha por la vida, en un campo áspero y mentiroso, el campo donde florecen las guirnaldas de una noche, y la flor de la gloria fugitiva; horas amargas, quizá semiborradas por momentos de locas fiestas; el primer hijo; el primer desengaño artístico; ¡el príncipe de los cuentos de oro, que nunca llegó!; y en resumen, la perspectiva de una senda azarosa, sin el miraje de un porvenir sonriente¹⁵.

Encerrada en su palacio de rutinario realismo, la "princesa" ansía y sueña:

...¡Pobrecita! ¿En qué sueña? No lo podría yo decir. Su aspecto engañaría al mejor observador. ¿Piensa en el país ignorado a donde irá mañana; en la contrata probable; en el pan de los hijos? Ya la mariposa del amor, el aliento de Psiquis, no visitará ese lirio lánguido; ya el príncipe de los cuentos de oro no vendrá ¡ella está, al menos, segura de que no vendrá!¹⁶.

"Sonatina" y "Fugitiva" son composiciones encaradas desde el punto de vista femenino típico que menciona Pfandl: la mujer en el papel pasivo y estático. Pero esta imagen también tiene su contrafigura en Darío: el hombre que espera pacientemente la llegada de la princesa dinámica. En "Heraldos" (1896), de *Prosas profanas*, se nos revela esta variación en la última estrofa:

¡Helena!

La anuncia el blancor de un cisne.

¡Makheda!

La anuncia un pavo real.

¡Ifigenia, Electra, Catalina!

Anúncialas un caballero con un hacha.

¡Ruth, Lía, Enone!

Anúncialas un paje con un lirio.

¡Yolanda!

Anúnciala una paloma.

¹⁵Cuentos completos..., p. 158.

¹⁶P. 158.

¡Clorinda, Carolina!
Anúncialas un paje con un ramo de viña.

¡Sylvia!
Anúnciala una corza blanca.

¡Aurora, Isabel!
Anúncialas de pronto
un resplandor que ciega mis ojos.

¿Ella?
(No la anuncian. No llega aún)¹⁷.

Variando otra vez, el autor nos da en "Canción de otoño en primavera" (1905), el mismo propósito, ya desde el punto de vista "caballeresco": el príncipe que *va* llegando, ahora pesimista y desesperanzado, sin encontrar a la buscada:

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!¹⁸.

El efecto principal de ese cambio de enfoque es, en el caso del príncipe que espera, presentarnos el retrato de una abulia desesperante, el revés de la relación vital de hombre y mujer tal como la formulara Pfandl. En el segundo caso, el del príncipe que busca sin recompensa, vemos la tragedia quijotesca sin su consecuente gloria: la búsqueda no justifica el fin, sino que lo condiciona.

El motivo espera-llegada provoca una amplia y variada gama de significados en la obra de Darío, de tal manera que no nos sorprende ver que de la princesa en la torre que se asoma al mirador en espera de su príncipe, al alma que se asoma a los ojos del cuerpo, sólo hay un paso. Darío ya había indicado con la princesa Psiquia la relación que quería entablar entre la princesa tradicional y el alma humana y, más particularmente, el alma del mismo Rubén.

En *Azul...*, Darío describió, otra vez desde el punto de vista masculino, "El ideal" así:

Era una estatua antigua con una alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

¹⁷*Prosas profanas*, p. 78.

9ª ed., Colección Austral 118. Bue-

¹⁸"Canción de otoño en primavera", en *Cantos de vida y esperanza*,

nos Aires: Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1959, p. 93.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vio como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la Naturaleza y de Psiquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul¹⁹.

El mismo rostro, desde luego, que el poeta descubre en "Autumnal":

*El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda
y el alma de las lirás.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se veía
un bello rostro de mujer*²⁰.

En el soneto "Venus" de *Azul...*, Darío nos ofrece la siguiente visión del planeta:

*A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín...*²¹.

Esta misma princesa-reina que espera y vive tan alejada le "miraba con triste mirar", por la imposibilidad de unirse nunca, y en "Canción de otoño en primavera" nos dirá el autor: "En vano busqué a la princesa".

No obstante su resignación posterior, en *Prosas profanas* Darío aún busca y su alma espera todavía la llegada del príncipe:

*Y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
el sollozo continuo del chorro de la fuente.
Y el cuello del gran cisne blanco que me interroga*²².

Mención directa al cuento de hadas que tan claramente establece el tenor del motivo espera-llegada: la Bella Durmiente, la misma "Divina Psiquis", cantada en *Cantos de vida y esperanza*:

¹⁹P. 102.

²⁰Ibid., p. 128.

²¹Ibid., p. 142.

²²"Yo persigo una forma...", *Prosas profanas*, p. 126.

*Te asomas por mis ojos a la luz de la tierra
y prisionera vives en mí de extraño dueño;
te reducen a esclava mis sentidos en guerra
y apenas vagas libre por el jardín del sueño*²³.

Hay lo que a primera vista parece ser un paralelismo entre el alma de "El reino interior" (1896) y la princesa Vespertina de "Un cuento para Jeanette" (1897). Ambas deben escoger: ésta entre el príncipe Azur y el príncipe Rojo; aquélla entre las siete doncellas puras (las virtudes) y los siete mancebos pánicos (los siete pecados).

*Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.*

Llegan y se van las siete doncellas y los siete mancebos:

*Unos y otras se pierden por la vía de rosa,
y el alma mía queda pensativa a su paso.
—“¡Oh! ¿Qué hay en ti, alma mía?
¡Oh! ¿Qué hay en ti, mi pobre infanta misteriosa?
¿Acaso piensas en la blanca teoría?
¿Acaso
los brillantes mancebos te atraen, mariposa?”*

*Ella no me responde.
Pensativa se aleja de la oscura ventana,
—pensativa y risueña,
de la Bella Durmiente—del—Bosque tierna hermana—,
y se adormece en donde
hace treinta años sueña.*

*Y en sueño dice: “¡Oh dulces delicias de los cielos!
¡Oh tierra sonrosada que acarició mis ojos!
—¡Princesas, envolvedme con vuestros blancos velos!
—¡Príncipes, estrechadme con vuestros brazos rojos!”*²⁴.

²³P. 103. "Hicimos resaltar la influencia que ejerció en el poeta la frase de Poe: with Psyche, my Soul: 'con Psiquis, mi alma'. Es Psiquis, el alma amorosa y melancólica, la que está en 'la torre terrible' del

cuerpo humano, de 'esta prisión' de los místicos...". Arturo Marasso, *Rubén Darío y su creación poética*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1954, p. 141.

²⁴*Prosas profanas*, pp. 109-111.

Pero Rubén Darío evita el dilema moral de su alma: escoger entre los príncipes y las princesas, adormeciendo a la Bella Durmiente. "Y en sueño" se decide por ambos grupos, lo cual no es decisión alguna, aunque presenta gráficamente la situación desgarradora en la que se encontraba el poeta (junto a todo ser humano habido y por haber).

Una vez trazado el desarrollo del motivo espera-llegada, se nos revela que las historias de la princesa que espera y del príncipe que llega, sean desde el punto de vista masculino o del femenino, no son más que múltiples revelaciones de la íntima visión del ser de Rubén Darío al enfrentarse a su propia condición de hombre. Su manera de ver el mundo poéticamente resulta coloreada por sus propios problemas físico-espirituales encarados ora desde el nivel del alma (princesa que espera), ora desde el de la personalidad masculina (príncipe que llega). Tanto la espera infructuosa como la igualmente infructuosa búsqueda son fáciles de comprobar en la biografía del poeta, y son evidentes en su literatura.

La infeliz condición del ser de Rubén Darío manifiesta por lo menos cinco necesidades urgentes y frustradas en estos escritos: 1) la erótico-carnal; 2) la amorosa ideal, platónica; 3) la de plena realización anímica; 4) la de verdadera salvación cristiana, y 5) la de la perfección poética formal. A menudo estos cinco elementos se funden en un sólo símbolo de grandes alcances literarios como, por ejemplo, el caso de la princesa de "Sonatina". Arturo Marasso notó ese carácter múltiple en ella al escribir:

Aunque la princesa es eterna y está fuera del tiempo, la vemos en una fabulosa Edad Media y en correspondencia con nuestro mundo interior. No es solamente mito antiguo y medieval. La princesa tiene la inquietud de lo indefinido, el deseo del vuelo. Quizá sea nuestra alma. Se parece a la infanta de *El reino interior*²⁵.

Y de "El reino interior" dice Marasso: "El alma del poeta, prisionera como Dánae, como la princesa de *Sonatina*, se asoma a la ventana obscura y contempla"²⁶.

Las cinco necesidades que enumeramos arriba se distribuyen de la siguiente manera, en las obras principales de Darío:

²⁵Op. cit., p. 56.

²⁶Ibíd., p. 140.

1. La erótico-carnal: "Un cuento para Jeanette", "El palacio del Sol", "Sonatina";
2. La amorosa ideal, platónica: "El ideal", "El poeta pregunta por Stella", "Sonatina", "Venus", "Heraldos", "Canción de otoño en primavera";
3. La de plena realización anímica: "Historia prodigiosa de la princesa Psiquia...", "Heraldos", "Venus", "Sonatina", "El país del sol";
4. La de verdadera salvación cristiana: "Divina Psiquis", "Sor Filomela", "Sonatina", "Historia prodigiosa...";
5. La de la perfección poética formal: "Yo persigo una forma...", "El ideal", "Pórtico", "Sonatina".

Esta distribución muestra la riqueza connotativa de "Sonatina" y su simbólica princesa, pero a la vez destaca la enorme importancia del amor en todas sus formas para Rubén Darío²⁷. Sin embargo, lo que queremos hacer notar es la flexibilidad del tema espera-llegada en Darío. Siendo esencialmente la expresión creadora de apretados lazos amorosos, en las ágiles manos del autor el motivo espera-llegada cobra una variedad de matices temáticos que desmienten la sencillez de sus humildes orígenes en el cuento de hadas. Al emplear este motivo tantas veces, Rubén Darío le ha otorgado a su obra una subcorriente de saudade y de melancolía dolorosísimas; y al emplearlo con una técnica tan variada, ha evitado tanto el clisé como la muletilla literaria. La ansiedad de redención física manifiesta en el beso soñado del príncipe de "Sonatina", la *¿Ella?* de "Heraldos", que no llega aún, la Psiquis-mariposa divina que se posa en un clavo del Señor, son representaciones progresivamente refinadas de ese claroscuro que es la necesidad del amor en Darío. Búsqueda sin encuentro, espera sin llegada, esencia de llanto destilado, "su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido", dice José Enrique Rodó²⁸. Y es cierto porque es un rito personal suyo: justamente su visión de un peregrinaje vital, visión que abarca principio, medios y fin —príncipe, peregrinación y princesa—, desde todos los puntos de vista individuales y juntos, todos los cuales son autorreferencias al mismo ser del poeta.

²⁷V. el capítulo iv, "La paloma de Venus", en la obra citada de Salinas, pp. 55-74, donde el autor estudia la omnipresencia de Eros en

la obra de Darío.

²⁸"Rubén Darío, su personalidad literaria, su última obra", en *Prosas profanas*, ed. cit., p. 7.